

nelia no podía, no, sustraerse á la fascinación de todos estos, más ó menos engañosos, pero efectivos y reales prestigios. Educó, pues, la prole suya para la milicia y para la política, especialmente para la política, porque había concluído el maravilloso ciclo de las conquistas romanas. El ciudadano latino cooperaba ya del alma de Roma; las legiones de Antíoco habían dejado sus carros de oro y marfil donde durmieran sueños voluptuosos los déspotas, al arbitrio del pueblo rey; la columna macedónica se había roto como una débil caña; creíanse los conquistadores romanos en el desfiladero de las Termópilas descendientes y no enemigos de los heroicos espartanos; Aníbal, después de haber tenido á sus pies Roma, buscaba en vano para morir y sepultarse tierra que no fuese romana; bajo los arcos de triunfo, sobre las moles de aquella incomparable vía Sacra, entre las hileras de templos y sarcófagos, pasaban elefantes con tronos de marfil en la espalda, camellos con oro acuñado, bueyes que arrastraban estatuas, cautivos orientales con cadenas de pedrería en los brazos; reyes como Prusias, penitentes que se ponían de hinojos, plegadas las manos y rapado el cráneo, ante las legiones, ó como el hijo de Masinisa, que depositaba su trono libico á las plantas del Senado; pueblos como los rodios, pidiendo, cual un título de honor, el dictado

infame de siervos; escritores como Polibio, que alababa los Leonidas opuestos á los persas y maldecía los Leonidas opuestos á los romanos, pues Roma no aparecía como una ciudad, aparecía como una diosa, disponiendo á su antojo del cielo y de la tierra. Penetrada Cornelia de la imposibilidad en que se hallaba de apereibir sus hijos á guerras como las mantenidas por Escipión, su padre, los consagró á la política, y la política en aquel tiempo, mal de su grado, fué la discordia en Roma y el martirio y sacrificio de los suyos.

¿Cómo se hallaba Roma? Parece imposible; mas los triunfos y grandezas de sus conquistas no habían hecho en suma otra cosa sino provocar profundísimo desasosiego y traer á la superficie de aquel mundo y de aquella vida los problemas sociales. Despojos de Zama, riquezas traídas de Tarento, entrada en los templos helénicos á saco, triunfo definitivo sobre Cartago, sujeción de nuestra España tras innumerables luchas y porfías, herencias de Atalo y otros reyes que legaban al pueblo romano sus bienes; todas estas riquezas acumuladas no servían sino á cancerar el suelo de tan feliz comarca y empobrecer á sus ilustres habitantes. Esta situación por necesidad convertía los antiguos partidos animados por la política pura en partidos animados por la pura economía. Cornelia,



engendada en hogar patricio, nutrida su alma con nobiliarias supersticiones, de un general como el primer Escipión Africano hija, suegra de otro general como el segundo Escipión, su hermano adoptivo además, debía saber ó adivinar, por lo menos, cuántas resistencias iban los nobles á oponer en su lucha con los plebeyos contra toda innovación económica y contra todo progreso verdaderamente social. Pero en aquel ánimo varonil servían los obstáculos de aguijoneo á la voluntad. Además, habiéndola llevado el culto y el amor á su marido hasta formar un alma sola con el alma de éste, participaba de todos sus pensamientos y de todos sus efectos, así como ejercía con él todas las magistraturas. Sempronio desempeñó largo tiempo el cargo de censor. Y este cargo llevaba consigo aparejados muchos y múltiples deberes compensados por autoridad y poder extremos, cual de antiguo sucedió con todas las instituciones romanas mantenidas por una combinación maravillosa de principios á primera vista contrapuestos y en realidad armónicos. Comparábanse á los generales en el campo los censores en la ciudad. Aquéllos mantenían la disciplina en los ejércitos, y mantenían éstos la disciplina en los hábitos y en las costumbres. Aquel edificio de la gloria romana, que frisaba en el cielo, podía venirse á tierra, no descan-

sando en las amplias bases de una rigurosa moralidad pública y privada. Pues el ministerio de ocurrir y proveer á ella correspondía por antiguo derecho al censor. El hogar con el Estado se confundían en aquellos tiempos, y por ende la moral con el derecho. Si había un pródigo derrochador de su fortuna; un celibatario que habiendo recibido vida de otros, la guardaba sin transmitirla de suyo á nadie; un mal casado; un pendenciero; un conspirador contra las honras ajenas; un patricio demasiado ligero; un borracho; un epicúreo entre tantas gentes, el censor le castigaba con severidad, tomando el vicio naturaleza y categoría de verdadero crimen. El censor Postumio constriñó á dos celibatarios célebres para que llevasen al tesoro público los ahorros allegados por su particular egoísmo. El censor Valerio Máximo borró á un patricio de las listas senatoriales por haber repudiado á su esposa y Catón á otro patricio por haber señalado la ejecución de un reo á la hora designada por su querida. La censura castigó á Rufino por su lujo asiático, á Duranio por su irreverente lenguaje, á varios caballeros por su pereza en un sitio, á Metelo por no haber cumplido juramentos prestados, á muchos otros por actos más bien contrarios á las leyes morales que á las leyes positivas. Pues imaginaos magistratura de tal importancia ejercida

en realidad por mujer de tanto ánimo ayudada por una femenil perspicacia. En poco tiempo Cornelia conoció toda la vida romana en sus minuciosidades más pequeñas. Y conociendo la vida romana pudo sondear todas sus llagas con verdadero estudio. Y sondeando todas sus llagas con verdadero estudio pudo pensar en el modo y manera de ocurrir al remedio. Y en esta concentración de su espíritu sobre la naturaleza de los males romanos y sobre la medicina mejor para precaverlos primeramente y después para curarlos, generó y educó á sus hijos, excelsos reformadores, movidos por un sentimiento poco extenso en el antiguo mundo, la más ardiente compasión por los pobres, por los humildes, por los infelices, por todos los inferiores, vistos con una indiferencia completa entre aquellas gentes, por tal modo penetradas de la desigualdad humana, que filósofos tan excelsos cual Aristóteles creían la esclavitud de derecho natural, y los colocados en las alturas sociales tomaban á los colocados en la base por verdaderas bestias de carga. El sentimiento de amor al humilde, que moviera la política de los Gracos, debió nacer en el corazón de una madre como Cornelia y transmitirse por la herencia psicológica y por la educación intelectual á sus hijos.

Bien la necesitaba ciertamente aquella situación del mundo romano, donde la conquista enriquecía-

ra por un lado á los menos y empobreciera por otro lado á los más. El dinero bajaba tanto y subía en idéntica proporción por ley naturalísima el precio de los productos, que ventas enormes de otros días no bastaban tras las guerras púnicas á satisfacer las necesidades primeras. Y, sin embargo, los intereses demandados en rédito alcanzaban proporciones verdaderamente usurarias. El regalo de las herencias regias y la llegada de verdaderas escuadras repletas de trigos extranjeros arruinaban el trabajo y el cultivo en pequeña escala, extendiendo por doquier como un corrosivo cáncer las grandes y enormes propiedades. Poco á poco se componían éstas de montes altísimos, de prados inacabables, de ríos enteros, de bosques numerosos, constituyendo verdaderas provincias, aquistados parte de los bienes públicos merced á la incuria del gobierno por los particulares y parte del peculio militar por las leyes reservado al pobre milite y bien pronto comido por la voraz usura. El sitio que antes mantenía cien familias apenas bastaba tras las guerras púnicas al recreo de una sola. Acababan las cortas propiedades y con ellas disminuía de un modo aterrador el trabajo. Para mayor miseria de los pobres y provecho mayor de los ricos, cegábase poco á poco aquella fuente de salud y prosperidad que fluye del cultivo, y propietarios rurales, como

Catón, trocaban la tierra de labor en tierra de pasto, aumentando con el ganado sus rendimientos, pero proscribiendo de allí brazos y jornales, reemplazados con ventajas por la guarda de algunos esclavos nutridos poco más ó menos como las bestias. Así pesaba sobre Roma un proletariado hambriento y mísero, dispuesto por su miseria y por su hambre á poner soldados suyos en todas las guerras civiles y aumentar con sus fuerzas numerosas y brutas la fuerza de todos los partidos y las discordias entre todos los romanos. La desproporción magna entre la riqueza del patricio y la miseria del plebeyo aumentaba las sendas cóleras de unos contra otros, disponiéndolos á todos para una irreparable catástrofe. Mientras se había peleado por el derecho la competencia tomó un alto carácter jurídico. No hubo ni un muerto en todas las porfías civiles de la plebe con el patriciado desde los Brutos á los Gracos. Pero en cuanto al combate por el derecho reemplazó este otro combate por el dinero, enardeciéronse las pasiones hasta encender la guerra civil y se agravó la guerra civil hasta causar desastrosas muertes en unos y otros bandos con mengua y enflaquecimiento de todos. Llegó el patricio á creer que le demandaban los plebeyos tierras transmitidas por los dioses á sus manos, y llegaron los plebeyos á creer que se comía el patriciado la mísera y humilde hoga-

za por tantas razones debida en la ciudad á sus hijos hambrientos, después que sus padres vertieran la sangre suya para ungir y amasar la tierra de donde todos debían nutrirse y alimentarse á una según ellos en comunidad de bienes como en comunidad de derechos. Pocas veces en la historia se ha visto tan patente, como en esta ocasión suprema, la utopia del socialismo autoritario, pues no bastó ni un Estado parecido al hogar, ni bastaron los despojos del mundo entero á combatir y á desarraigar en suelo comido por la lepra de tantas enfermedades profundas el hambre de los más ni á impedir la enorme y corruptora riqueza de los menos. ¿Cuál Estado podrá distribuir bien la riqueza y procurar el equilibrio económico entre todas las clases y las armonías entre todos los intereses, no habiéndolo conseguido aquellos enormes Estados antiguos tan poderosos y tan fuertes?

Sempronio, el padre de los Gracos, debió mil veces en su censura enterarse de todos estos males, y Cornelia, como buena exaltada mujer, instruirse también por su parte mediante un corazón abierto á todos los afectos y un espíritu abierto á todas las ideas. El comercio con estadistas, con filósofos, con oradores, con generales y guerreros, había dado á Cornelia una propensión tan invencible al estudio y cuidado de los intereses públicos, que

por ella se comprende y explica la historia de sus hijos. A mayor abundamiento predominaban en su corazón y en su conciencia, entre todas las escuelas filosóficas en aquella sazón emanadas de Grecia y venidas á Italia, cierta escuela que no creía ajeno á su cuidado ninguno de los verdaderos intereses humanos. Y así Cornelia se interesaba en todo y por todo. Ella trazaba planes y sugería proyectos. Su opinión llegaba con rapidez digna de la luz desde su mente á sus labios. El conversar estaba entre sus más arraigados hábitos. Era una especie de Aspasia modestísima, honesta, de todo bajo pensamiento apartada y á todo placer ajena, uniendo con las grandes seducciones de aquélla la superior seducción de su virtud austera, que bien podría llamarse majestuoso imperio. Hemos dicho que la calidad sobresaliente de los Gracos era su compasión por los humildes, y ahora debemos añadir que la facultad superior entre todas sus facultades era la elocuencia. Cuando en Roma dominaron lo debieron más á su lengua que á su espada. Pues bien, libaron éstos elocuencia en labios de su madre. Cicerón, que recogiera tradiciones vivas á tal respecto y que juzgara sus epístolas perfectos dechados del bien decir latino, habla con elogio de su vivo arte, prestado por una inspiración inagotable y mantenido en los ejerci-

cios continuos de múltiples conversaciones y animadísimos diálogos, en los cuales entraban desde los negocios políticos hasta los problemas científicos. Muertos sus hijos, viuda y solitaria, desterrada por su propia voluntad y por su intenso dolor en campos apartadísimos de Roma, Cornelia no llegó á desinteresarse jamás del curso que llevaban los sucesos, cual si todavía tuviera en ellos empeñados á su padre y maestro el primer Africano, á su esposo Sempronio, á su yerno Escipión el segundo Africano, á sus dos ilustres hijos, Tiberio y Cayo Graco, dando lecciones prácticas á los jóvenes para que huyesen los escollos en que su prole se había estrellado y despertando los recuerdos antiguos para que compusieran todos ellos una religión de las almas. Entre las damas romanas, que han pasado á nuestros ojos, ninguna de la universalidad en aptitudes alcanza por lo noble á Cornelia. La matrona Veturia personificaba, con exclusión de todos los otros intereses, el interés patrio. Cornelia, de sangre y educación puramente nobiliarias, con prosapia entroncada en familia cuasi divina, interesábase por todas las clases, y muy especialmente por las clases humildes ó pobres. Y al servicio suyo puso un corazón lleno de altos sentimientos y una palabra llena de melodiosas uncciones. Sus dos hijos diferenciábanse mucho

entre sí, dulzura y conciliación el uno, aspereza y fuerza el otro, pero ambos confundidos con su madre idolatrada en los comunes afectos por los pobres y en la espléndida superior elocuencia. Puede asegurarse que penetra en la política romana una fuerza, no estimada en todo su valor hasta entonces, la fuerza del sentimiento, y que predomina una virtud espiritual, nunca dotada de tanta persuasión como en aquella sazón, la virtud y eficacia del pensamiento revelado por una palabra elocuentísima. Tal fué la influencia de Cornelia en sus hijos y la influencia de sus hijos en Roma.

Tres partidos había entonces: el partido extremo aristocrático, quien deseaba que mandaran los mejores; el partido extremo democrático, quien deseaba que mandaran los más; y el partido de conciliación entre ambos extremos, quien deseaba que mandaran los mejores, pero en servicio y en bien de todos. A la cabeza de los primeros hallábanse hombres como Nasica y otros partidarios; á la cabeza de los segundos hallábanse Tiberio y Cayo Graco; á la cabeza de los terceros Muciano y Escévola. Cornelia realmente no pertenecía, ni al partido extremo patricio, donde se hallaban sus más allegados parientes, ni al partido extremo plebeyo, donde se hallaba su prole propia. Gustábanle por mil motivos las conciliaciones á que propendían el

pontífice Máximo Craso, el jurisconsulto eximio Escévola y el heroico general Quinto Metelo, todos nobles, pero todos transigentes, porque también á ellos les repugnaban las acumulaciones de tanta propiedad en pocas manos y el exceso de las oligarquías usurarias. Atravesaba Roma una profunda crisis social, y en esta crisis cada uno tomaba su puesto, perturbadas las relaciones económicas, roto el antiguo cultivo en pequeño, arruinado el trabajador con la competencia del siervo, hundidos los hogares en las ergástulas, cada día más gravosos los arrendamientos, la revolución socialista en crecida, el respeto á los nobles y á los dioses de menguada, y la guerra servil relampagueando por todas partes á causa de que ciertas ideas diseminadas en los aires habían penetrado hasta el abismo donde se arrastraba el siervo, á quien las cadenas de todo punto le abrumaban, sabedor como era de que podía en su desesperación acerarlas y convertirlas contra el pecho de sus infames señores. Todo esto exigía una reforma, y esta reforma vagaba por los aires. Hombres, como Escipión Emiliano, veían su necesidad, pero no veían sus términos y sus factores. Así cuentan las historias que, al ir el ilustre general, después de ultimados los días de su gobierno, ante los dioses, presentándoles gracias y ofrendas, pidióles con todo encarecimiento la salvación,

y nada más que la salvación del Estado, expuesto á zozobrar como nunca. Natural, muy natural que los hombres de madura edad y grandes responsabilidades vacilaran mucho antes de acometer la reforma, pero natural también que los jóvenes quisieran intentarla. Entre los jóvenes hallábase Tiberio Graco, el mayor de los hijos, superviviente á la gran mortandad que afligió toda la prole de Cornelia, prole disminuída de doce á tres, los dos tribunos y la esposa del inmortal Escipión. Tiberio Graco recibió de su madre un impulso, sin saber él mismo dónde había de pararse y detenerse, y recibió de su cuñado muchas ideas helénicas, aplicadas por él á la vida y á las reformas sociales. Los plebeyos, necesitados de un jefe, incitábanle á dirigirlos. Y en vano quería Cornelia, en sus naturales recelos de madre, amortiguar el afecto que despertara, y en vano quería Escipión esclarecer la inteligencia enardecida por sus ideas tempestuosas y vagas. Cuéntase que, al volver de un mando militar en España y pasar á Etruria, viendo los campos de Italia yermos y los corazones italianos poseídos de intensos deseos á la ciudadanía romana que nadie se curaba de satisfacer, concibió el plan y el propósito de ponerse resueltamente á la cabeza de tan decisiva y honda revolución social. He aquí, pues, el hijo mayor de Cornelia impulsado por el espíritu

y por el aliento materno allende los nobles deseos y las tenaces aspiraciones de su propia madre.

Advenido al tribunado Tiberio Graco presentó la ley agraria. Esta ley agraria tendía en sus disposiciones á separar las propiedades heredadas y particularísimas del patriciado de aquellas otras usurpadas á los bienes comunales del Estado, idea muy extendida, y aun varias veces propuesta, siquier fuera sin resultado, en otras disposiciones y en otros planes anteriores. Naturalmente, los aristócratas con todas sus fuerzas se opusieron á que prevaleciesen leyes semejantes. A este fin ganaron un colega de Graco, tribuno como él, que se llamaba Octavio, y le indujeron á presentar su veto. Cuando Cayo supo esto, se arrojó á sus pies y le pidió con lágrimas que desistiera de tal intento en bien de todos y para seguridad y fianza de la paz pública. Negóse Octavio, y Tiberio comenzó con tal motivo la revolución violenta, pues iba enlutado, triste, con las manos caídas como en señal de completa desesperación, inclinada sobre su pecho la cabeza, diciendo que todo tribuno contrario á la voluntad y pensamiento del pueblo dejaba de ser tribuno por el acto mismo de aquella oposición. Halagaban mucho á los plebeyos estas tentativas revolucionarias; é impelido por ellos, Graco envió sus lictores para que arrancasen al tribuno de su sede, y le depusieran de su dignidad,